

*Juan Manuel
de Prada*

El
CASTILLO
de
DIAMANTE



Durante el reinado de Felipe II, dos mujeres —Ana de Mendoza, princesa de Éboli, y santa Teresa de Jesús— sostienen una batalla sin cuartel y se abren paso, cada una a su manera, en un mundo que pretende aplastarlas. La primera, en busca del triunfo mundano, trata de alcanzar la supremacía entre los grandes de España; la segunda, en busca de la unión plena con Dios, planta cara al fariseísmo religioso y burla las asechanzas del poder político. Deseosas ambas de hacer realidad sus anhelos interiores, acabarán enfrentándose cuando Ana de Mendoza requiera a Teresa de Jesús para que funde bajo su patrocinio un convento en Pastrana. A regañadientes, Teresa accederá a los deseos de la princesa, pero no tardarán en saltar chispas...

En *El castillo de diamante*, Juan Manuel de Prada narra con gran brío y donaire este enfrentamiento, a la vez que se adentra en el alma de dos mujeres singulares e irreductibles y nos ofrece una visión sorprendente y original de una época en la que las expresiones más variadas de la fe religiosa libraban cortejo y combate con el poder político. Y todo ello con un estilo que bebe en las fuentes de la espiritualidad teresiana, la novela picaresca, el esperpento valleinclanesco y el humor cervantino. La aventura de la santidad y la disputa por el poder presentadas como una novela de caballerías a lo divino, en una obra que se inscribe en la mejor tradición de la literatura española.

A Iñaqui de Ávila, compañero del alma.

Estando hoy suplicando a Nuestro Señor hablase por mí, porque yo no atinaba a cosa qué decir, ni cómo comenzar a cumplir esta obediencia, se me ofreció lo que ahora diré para comenzar con algún fundamento: que es considerar nuestra alma como un castillo todo de un diamante o muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas.

SANTA TERESA DE JESÚS,
Las Moradas.

PRÓLOGO

SEVILLA, 1575

¿Era acaso odio el sentimiento que envenenaba su alma y su sangre, sus pensamientos y el aire que respiraba y parecía volverse de luto en sus pulmones? ¿De verdad era odio? ¿O tal vez más bien envidia, esa pasión ruin a la que siempre pintan flaca, porque muere pero no come? Ana de Mendoza, princesa viuda de Éboli, se había hecho cientos de veces estas mismas preguntas, buscando infructuosamente el nombre de aquel sentimiento contradictorio que a la vez la llenaba de bilis y melancolía, de zozobra y desaliento, de ansiedad y languidez, de rabia y humillada aflicción; un sentimiento sin cura ni consuelo que jamás la dejaba sola y que pugnaba siempre por hacerse notar, anunciándose a veces con lágrimas, otras veces con una congoja que a punto estaba de ahogarla, y manchándola siempre de amargura.

Ana habría querido admirar a Teresa. Nada le habría gustado más que ser su amiga y confidente y penetrar en las moradas más íntimas de su alma, ese castillo de diamante donde anidaba Dios. Habría querido caminar de su mano por aquellas estancias que imaginaba muy recogidas y amenas, llenas de una luz tibia, hasta disfrutar de las gracias y mercedes que Teresa disfrutaba, y quedarse a vivir allá adentro en su compañía, como inquilina gustosa, o siquiera como huésped agradecida y asombrada; pero todos sus esfuerzos por lograr penetrar en su alma habían sido baldíos. Y no porque Teresa le vedase o dificultase la entrada, sino más bien porque Ana nunca había podido hallarla y sus intenciones habían concluido siempre dándose topetazos contra sus paredes, altas como acantilados o murallas

de una ciudad bien cercada. Ana sabía (y esta certeza la humillaba) que esa puerta de entrada al alma de Teresa no estaba oculta, ni disimulada entre zarzas, sino que se brindaba hospitalariamente a quien se acercaba a ella; pero nunca había conseguido descifrar los resortes de su cerradura. Había fracasado en todos sus intentos de acceder al interior de ese castillo; y tampoco había conseguido conquistarlo por la fuerza, ni con dádivas o añagazas. Su propia incapacidad para lograr algo que aparentemente era sencillo había acabado por exasperarla y enfurecerla hasta tal extremo que había tenido que convencerse a sí misma de que su fracaso era consecuencia del rechazo de Teresa, que deseaba disfrutar de Dios ella sola y disfrazaba sus reticencias de una falsa cordialidad. Así, Ana había podido justificar su encono; y, haciendo a Teresa culpable de su desgracia, había creído que podría adormecer el gusanillo de la frustración. Pero el gusanillo no había hecho desde entonces sino engordar. Y ya nada podía aliviar ni apaciguar aquel sentimiento confuso que había convertido su vida en el cubil de una víbora.

Paradójicamente, era una vida que cualquier testigo ignorante de sus tribulaciones habría calificado de afortunada. Ana había concertado un matrimonio favorable con el difunto Ruy Gómez, al que había dado muchos hijos; había gozado de la privanza de reyes y príncipes de la Iglesia; había disfrutado de los privilegios propios de su linaje; había heredado títulos y honores, que entregaría acrecentados a sus descendientes; había administrado una hacienda que permitiría vivir holgadamente a mil familias; y hasta había influido desde el tálamo en el gobierno del mundo, deslizando consejos o insidias, peticiones de clemencia o exigencias de rigor en el oído de su esposo. Pero mientras engrosaba su prole, sus riquezas y su poder, Ana nunca había podido colmar su anhelo más íntimo y auténtico, que era de naturaleza espiritual. No sabía si tal anhelo se lo había inspirado Dios o el diablo; pero sabía que, faltándole, su vi-

da se había quedado trunca, fallida, sin centro y sin sustancia. Y mientras ella penaba, peregrina en pos de esas mercedes espirituales que le habían sido negadas, Teresa había sufrido las contrariedades y desengaños más acerbos, había forcejeado con la incomprensión y el desprecio de frailes fatuos y prelados regalones; pero en medio de esa batalla, que a cualquier otra persona habría desalentado y rendido, Teresa había contado con Dios, había conseguido que Dios se metiese en su alma, que se fundiese con ella en amoroso coloquio, que la abrasase con su fuego y la cegase con su luz y la gratificase con delicias que el resto de mortales ni siquiera podían sospechar. Y Teresa no sólo había obtenido esas mercedes, sino que además poseía el don de contarlas llanamente, como si estuviesen al alcance de cualquiera. Salvo de Ana de Mendoza.

Ana nunca había podido desmayarse y adormecerse en brazos de ese Amado que visitaba a Teresa cada poco, a veces en la sigilosa noche, mientras el mundo dormía, pero a veces también en medio de los quehaceres cotidianos, o acompañando sus oraciones, hasta que el bisbiseo del rezo se transformaba en arrumacos y caricias de enamorados. Ana no había logrado sentir jamás aquel deleite grandísimo que describía Teresa en el *Libro de su vida*, incomparable con cualquier deleite humano, aquel suave desfallecer en que falta el aire y todas las fuerzas corporales y los sentidos se desvanecen sin querer y el entendimiento se deja en manos de Dios, que hace entonces suya el alma, apartándola de todo cuidado, brindándole gozo o dolor, sosiego o querella, bálsamo o herida, según su deseo, hasta engolfarla por completo, de modo que el alma ya no quiere otra cosa sino estar poseída, invadida, anegada de Dios. Así, poseída, invadida, anegada de Dios, había sorprendido Ana a Teresa muchos años atrás, allá en Toledo, cuando fue al palacio de su tía o prima o lo que demonios fuese doña Luisa de la Cerda, para aliviarle el duelo de la viudez. Ana, que por aquellas mismas fechas había ido también a visitar

a doña Luisa, dormía en una alcoba contigua a la de Teresa; y alguna noche acertó a escuchar sus dulces quejidos, que al principio confundió con desahogos impúdicos impropios de una monja, quejidos entreverados de palabras exultantes que se adelgazaban hasta hacerse suspiros y luego volían a crecer hasta el júbilo o el grito, para prolongarse muy morosamente, como una caricia sin fin. Intrigada, Ana había abandonado descalza y de puntillas su alcoba, para espiar aquellos trances de Teresa, que en su fuero interno siempre había juzgado fingimientos de farsante, embelecocos de monja astuta para desvalijar a los incautos y meapilas que iban a visitarla al convento. Mientras avanzaba muy sigilosamente por el pasillo, los quejidos de Teresa se hacían más dolientes, o tal vez más placenteros, en cualquier caso más desconcertantes y atrevidos, pero de un raro atrevimiento sin obscenidad que hizo temblar de miedo a Ana, como Moisés debió de temblar en presencia de la zarza ardiente.

Y en la alcoba de Teresa también parecía arder una zarza, a juzgar por la luz vivísima que se escapaba entre la jamba y la hoja de la puerta apenas entornada. Ana temió entonces que su espionaje fuese una profanación o un sacrilegio, temió que la ceremonia que estaba ocurriendo en aquella alcoba pudiera petrificarla de horror o fulminarla de belleza; pero la curiosidad volvió a ser más fuerte en ella que el miedo, como ya había sido más fuerte, allá en su infancia, cuando espiaba a los criados de su familia, reunidos clandestinamente en conventículo de alumbrados, para rezar entre desmayos y entregarse a las pasiones más torpes mientras invocaban a Dios. Ana recordaba (no podía olvidarlo) el horror entreverado de culpable deleite que le había procurado descubrir aquellas reuniones clandestinas; pero sabía que lo que allí había visto (y tan abrasadora huella había dejado en su sensibilidad) eran tan sólo remedos devaluados y grotescos de los gozos que procuraba la unión mística. Cuando por fin se decidió a asomarse a la alcoba de Teresa, acomodando su único ojo al estrecho hue-

co de la puerta entornada, pensó que aquellos dulces quejidos serían otro remedo devaluado y grotesco; pero lo que vio la había desengañado.

Teresa se hallaba de rodillas en mitad de la alcoba, sin otra ropa que la camisa de lino que llevaba debajo del hábito y la cofia que cubría sus cabellos, con los brazos extendidos y el rostro alzado hacia el techo, como dispuesta a recibir el embate de una ola. Tenía los ojos absortos en los amenos paisajes que se brindaban a su alma y un mohín de placentera dicha en los labios, que sin embargo seguían exhalando aquellos suaves gemidos. Entonces Ana creyó adivinar una forma encendida, más pequeña que grande, como un ángel o querubín de contornos casi humanos, que parecía dar vueltas en derredor de Teresa, envolviéndola y sosteniéndola en volandas, antes de ensartarle en las entrañas un dardo con la punta como una brasa o un carbunclo que incendió su corazón y la hizo refulgir por dentro, como si toda ella estuviese hecha de fuego, como si todo su cuerpo fuese alma abrasada e incandescente que se eleva como una pavesa, en busca de su dulce amado centro. Ante la mirada perpleja de Ana, Teresa había permanecido nimbada por aquel fuego que se irradiaba desde su pecho, elevada en el aire y como sostenida por cuerdas invisibles, con el rostro trémulo y arrebolado, como a punto de ser arrebatada al cielo, antes de desvanecerse y desplomarse muy lentamente, como golpeada por dulcísima muerte, mientras los quejidos se convertían en sollozos de gratitud y requiebros entre el alma y Dios.

Ana lo había visto con su único ojo, antes de que se le llenase de lágrimas, antes de que la incredulidad la hiciese dudar, antes de que la orgullosa inteligencia la obligase a negar. Ana lo había visto y tampoco había podido olvidarlo, aunque lo hubiese preferido; pero se había jurado ocultarlo a la curiosidad de los hombres, no sabía si por proteger a Teresa de maledicencias e indagaciones morbosas, o por silenciar el don que Teresa había recibido y a ella le había si-

do negado. Y, desde luego, nada diría de ello a los inquisidores. Acunada por el traqueteo del carruaje, la voz acuciante de Antonio Pérez la sobresaltó:

—¿Os ocurre algo, Ana? Me pareció oíros sollozar...

Empezaba a amanecer medrosamente, allá en lontananza, y aunque todavía no podían distinguirse el uno al otro las facciones, Ana se apresuró a borrar las lágrimas que le habían brotado, al hilo de sus rememoraciones. Había sido la propia Ana la que había solicitado hacer aquella última jornada de madrugada, sin detenerse a descansar y cambiando los caballos en la posta, para llegar a Sevilla muy de mañana, evitando el figoneo de los curiosos.

—Será el catarro que arrastro desde Sierra Morena —mintió—. Apenas me deja respirar.

—No he querido molestaros por si dormíais...

Ahora su voz era melosa y servicial, la misma voz que le había escuchado tantas veces, cuando ambos eran más jóvenes y estaban menos magullados de resabios y de cinismo. Antonio Pérez apartó repentinamente el paño que tapaba una de las ventanillas del carruaje y, aprovechando la dudosa luz del alba, contempló reverencialmente el rostro de Ana, algo ajado por la edad, su piel fragilísima ya agrietada en las comisuras de los labios, la mancha de sombra apenas presentida que asomaba por debajo del parche, el brillo tal vez demasiado afligido de su ojo sano, que desequilibraba sus facciones y la dotaba de un atractivo superior al de cualquier otra mujer a la que hubiese conocido (y había conocido a muchas, pues por temperamento no podía conformarse con la que le habían asignado en matrimonio). Siempre que miraba con detenimiento a Ana (siempre que Ana se dejaba mirar con detenimiento), Antonio descubría en su rostro tesoros nuevos, o no desvelados hasta entonces, de delicadeza casi infantil, sepultados bajo una máscara de amargura. A menudo, mirándola de reojo, sin que ella lo advirtiera, esa subsistencia infantil en medio de los estragos de la edad asomaba más desprevenidamente

en un mohín de los labios, en el modo de enarcar una ceja, en el rubor que por un segundo se deslizaba como una nube sobre su pómulo; y entonces Antonio la deseaba más vivamente.

—No dormía —murmuró Ana—. Tan sólo trataba de recordar.

Antonio no quería sino proseguir la conversación, pero tal vez su pregunta resultó ensoñadora o impertinente:

—¿Y qué tratabais de recordar?

—Estoy a punto de hacer una denuncia ante el tribunal del Santo Oficio, Antonio —respondió Ana con aspereza, atajando sus ensoñaciones o impertinencias—. Debo esforzarme por recordar los hechos tal como ocurrieron, ¿no os parece?

—O tal vez deberíais esforzaros por deformarlos con tanta habilidad que nadie lo note —murmuró Antonio, ofendido por su tono.

Ana contempló a Antonio con desapego y consternación. Ya poco quedaba en él de aquel atolondrado pisaverde que había conocido en la juventud, emperifollado y vanidosillo, y tan perfumado y amigo de afeites como una cortesana. Con los años, su carácter insinuante se había aguzado de ironías y desencantos, y su inteligencia, antaño envuelta en cautelas, se había despojado de escrúpulos y vestido de audacia y determinación, galas que le habían valido el ascenso entre el séquito de secretarios áulicos, hasta permitirle disfrutar de la mayor privanza ante el Rey. Felipe le confiaba no sólo los despachos que consultaba con sus consejeros, sino incluso los que reservaba para sí solo; y por sus manos empezaban a pasar los asuntos más graves, a veces incluso antes de que llegaran a conocimiento del Rey. Así fue, por ejemplo, como había sabido que la Inquisición andaba buscando el libro en el que Teresa de Jesús había puesto por escrito su vida y milagros, para indagar si contenía puntos contrarios a la fe; y, recordando que Ana contaba con un manuscrito de tal libro, se había encargado

de hacerlo llegar a los inquisidores por un conducto discreto, en satisfacción a los agravios que la monja carmelita había infligido a la princesa. Decían sus enemigos cada vez más numerosos que el aturdimiento del éxito y el afán de medro habían tomado a Antonio demasiado arrogante; y se hacían lenguas de su amor por el juego, sus devaneos adúlteros, su búsqueda desenfrenada de placeres y su gusto por el boato, completando así el retrato de un hombre impulsivo y esclavo de sus vicios. Pero ante Ana seguía Antonio comportándose con un respeto rayano en el servilismo, que sólo se tomaba mohíno cuando ella lo trataba con hosquedad. Por supuesto, no se le escapaba a Ana que, con aquella actitud tan abnegada, Antonio aspiraba a ganarse sus favores carnales; tampoco que aquellos bulos que pintaban a Antonio con las trazas más canallescas eran fruto de la envidia y animosidad de quienes ansiaban su caída.

—Vos fuisteis quien se empeñó en venir a Sevilla —dijo Ana, con una mezcla de ofendida coquetería y desvío—. Vos también quien organizó este viaje. Permitidme que os lo recuerde.

Antonio murmuró una disculpa y humilló la cabeza. Ana no podía negar que halagaba su vanidad que el hombre más poderoso del Reino, después de Felipe, se mostrase dócil como un perrillo apaleado cuando ella lo amonestaba; y hallaba un inescrutable deleite figurándose que Antonio había organizado aquel viaje hasta Sevilla y abandonado sus obligaciones en palacio para disfrutar durante varios días de su compañía, para atenderla en todas sus necesidades y a la vez cortejarla, avanzando cautamente en la rendición de una fortaleza que ambicionaba desde hacía cerca de quince años. Por lo demás, Antonio se había probado como un hábil organizador: había dividido el viaje en jornadas de no más de diez leguas; se había provisto de postillones que conocían los caminos como la palma de su mano; la había protegido de salteadores haciendo que los acompañase una cuadrilla de la Santa Hermandad; y no habían

tenido que dormir ni una sola vez en ventas o posadas, sino siempre en casas de gente principal, nobles con el mayorazgo roído, comendadores de chapa y chepa y obispos temerosos del sambenito que se desvivían por atender al secretario del Rey antes que a la viuda del príncipe de Éboli, al que ya habían enterrado en el hoyo del olvido, mientras se desvivían por morder el bollo de la ganancia. Aquel viaje había servido a Ana para comprobar que el poder es piedra filosofal que vuelve oro cuanto toca y llave maestra que abre las voluntades; y que, allá donde un hombre poderoso entra, se rinden todos los linajes. Pero Ana no estaba dispuesta a poner su linaje a los pies de Antonio tan fácilmente, por muy poderoso que fuera.

—Os propuse venir a Sevilla por vuestro bien... —rezongó él, compungido.

—Podría haber hecho igualmente mi declaración en Madrid —lo interrumpió Ana—. Se supone que el Santo Oficio guarda la más celosa discreción y protege a sus confidentes de las habladurías.

—Nadie está protegido contra las habladurías en la Corte. —Antonio había adoptado un tono menos sumiso—. Vos deberíais saberlo mejor que nadie. Por no mencionar que Felipe no ve con buenos ojos que os hayáis instalado allí. —Vaciló antes de proseguir—: Dice que habéis venido a turbar su quietud... y aun su honor.

Adoptó un gesto de ensayada perplejidad, como si quisiera captar la benevolencia de Ana. Antonio temía que el Rey aludiese de modo encubierto a alguna relación ilícita que hubiese mantenido en el pasado con Ana, tal vez cuando ella era la dama de compañía predilecta de la malograda reina Isabel de Valois. Siempre se había rumoreado en los mentideros alimentados por el partido del duque de Alba que la princesa de Éboli había mantenido un idilio clandestino con el Rey, incluso se insinuaba que el primero de sus hijos lo era también de Felipe. Pero Antonio prefería pensar que Ana había sido siempre irreprochablemente fiel

a su marido; pues, de alguna extraña y tortuosa manera, se consideraba guardián de la virtud de la viuda.

—Son insidias de quien tal vez se sienta rechazado — musitó Ana calmosamente, sin nombrar a Felipe, para que su frase no sonara en exceso escabrosa—. O, peor todavía, ignorado.

El traqueteo del carruaje meció y sacudió sus palabras, para que su fermentación fuese menos venenosa. Antonio se incluyó en ese rechazo y no se recató de mostrar sus celos:

—¿Y por eso buscáis el trato de cortesanos?

—¡Por favor, Antonio! —Ana lanzó una mano al desgaire—. Sabéis tan bien como yo que son los cortesanos los que se mueren por tratarme a mí. Mucho mejor que en Madrid estaba en mi villa de Pastrana, a salvo de moscardones y lechuguinos.

Cuando la melancolía le lanzaba sus zarpazos, Ana llegaba a pensar que todos los goces de la prosperidad y la grandeza que había disfrutado en la juventud se tornarían —por capricho de la inconstante fortuna o la intervención maliciosa de envidiosos— en lanzas de dolor y amargura, allá en la temida vejez. De momento, Ana de Mendoza sólo contaba treinta y cinco años; pero, acostumbrada a ser objeto de todas las dádivas y atenciones, no se le escapaba que su casa palaciega en Madrid era cada vez menos frecuentada y su persona menos atendida y agasajada, también por el Rey, o sobre todo por el Rey, casado con esa urraca de Ana de Austria, más fea y antipática que un cólico nefrítico.

—¿Y no habéis pensado... —Ana paladeaba cada palabra, con un inequívoco propósito de seducción— que tal vez le fastidie que seáis vos, precisamente vos, quien frecuenta más mi casa?

—¿A quién le puede extrañar que la frecuente? —Aunque Antonio se encogió de hombros, afectando aplomo, el tono insinuador de Ana le había provocado un calambre de